

**E**

El viernes seis de marzo, los franceses vieron, con cierta sorpresa, la florida barba revolucionaria de Fidel Castro asomada a la pantalla de su televisión en el programa más popular («Cinq colonnes à la une»). Los franceses sabían perfectamente que todo lo que pasa en la televisión está controlado por el Gobierno. (Si no lo supieran, un reciente movimiento huelguístico de los empleados de la Radiotelevisión, que no quieren ver su trabajo politizado, se lo habría recordado.) Fidel Castro no era, hasta ahora, personaje grato para la televisión, pero desde ahora lo será: sus palabras fueron las de un degollista convencido. Probablemente, lo más espectacular de su declaración a los franceses fue una invitación para que el general De Gaulle vaya a Cuba en su próximo viaje a Hispanoamérica. Pero lo que sin duda importaba más al Gobierno francés, que autorizó la aparición del revolucionario cubano en la televisión, fue que suponía una aprobación comunista a la política exterior del Presidente-General. Castro elogió la actitud francesa con respecto al sudeste asiático, el reconocimiento de China, la lucha por ganar una independencia con respecto a los Estados Unidos. En el momento en que ha comenzado una prematura lucha electoral por la Presidencia de la República Francesa, el comunista Fidel Castro apoya la candidatura del general.

Es fácil comprender el impacto que esta emisión ha creado en los Estados Unidos. La actitud francesa ya no solamente indigna en Washington, sino que causa una auténtica desesperación —según escribe el corresponsal de «The Times», de Londres—. «Charles de Gaulle zumba alrededor del mundo como un astronauta, mientras los otros estadistas se encuentran en la tierra», escribe el editorialista del «New York Times», bajo el título, ligeramente despectivo, de «That man De Gaulle». Y prosigue: «China, Vietnam, Rusia, Chipre, África, Latinoamérica, el Mercado Común, el «Kennedy Round» para el abatimiento de tarifas aduaneras: aquí, allí y en todas partes, el hombre de la hora parece ser el Presidente De Gaulle». No concuerda mucho en este símil del astronauta zumbador. Los astronautas tienen una órbita fija, se conoce su camino, su tiempo, con precisión matemática. De Gaulle ha escapado de todo control. Sus movimientos son inesperados. Dueño de una libertad de poder de la que no goza ningún «grande» de este mundo —ni Johnson, ni Krutchev, ni siquiera Mao—, sin cuentas que rendir ante un Gobierno mudo y admirado, ante un Parlamento perplejo y sin fuerza, ante una prensa y una radiotelevisión dominadas —ya veremos luego la excepción, y es grave esa excepción—, y desprendido ya totalmente de sus antiguos aliados extranjeros poderosos, De Gaulle ha llegado, en estos meses de febrero y marzo, al paroxismo de su política individual. Si el año pasado fue el año de Kennedy, éste es el año de De Gaulle. Con Kennedy se podía ver una línea política clara y definida. Con De Gaulle todo es sorpresa: no se sabe cómo terminará el mundo que sus manos están sacudiendo.

## veinte años después

**E**

El primer problema es que su personalidad es inescrutable. Hay unas constantes: el autoritarismo; la política de desprecio; la tesis de la «grandeur»; la terquedad; el amor pasional a Francia, de la que se cree esposo místico, predestinado, incluso, por su apellido; la adoración a los valores militares; el respeto a la fuerza; la política de admiración por el pasado y de proyección hacia el futuro lejano. Muchos de sus críticos —especialmente los americanos— añaden, como valoración principal de su actuación, sus sentimientos personales. Se diría que De Gaulle eligió el exilio a Londres y la creación de la Francia Libre por odio personal a Petain, que fue su profesor en la escuela militar y que, más tarde, ignoraría la tesis del coronel De Gaulle sobre la guerra blindada. Y que, en Londres, De Gaulle conocería el cierto desprecio de los ingleses por los «alliens», los extranjeros, y la falta de consideración de Churchill por quien no tenía entonces fuerza militar: de lo cual vendría la guerra económica a Gran Bretaña que está realizando con veinte años de retraso en su venganza. Después vendría el odio por los americanos, que no dejaron que desembarcaran franceses en la operación de Normandía. Este año, De Gaulle no ha querido asistir a la conmemoración de aquel desembarco, alegando «compromisos anteriores»: en cambio ha anunciado su presencia en la celebración del desembarco de la primera división francesa... En un hombre que es como una estatua de sí mismo y que se cree la encarnación providencial de su país, sin duda pueden jugar estos factores. Según esta política, De Gaulle sería un conde de Montecristo, regresando vengador veinte años después. Pero no basta para explicarlo todo.

El enigma no es que De Gaulle esté ahora contra todo: contra los Estados Unidos, contra Gran Bretaña, contra Alemania, contra el Mercado Común. El enigma es que esté contra sí mismo. Podría decirse que hay varios generales De Gaulle. Este gigantesco viejo rocoso de ahora no tiene nada que ver con el coronel desgarrado de Londres, a quien Malraux y Soustelle tenían que escribir los discursos, que balbuceaba ante los micrófonos y temblaba ante las cámaras de cine. Su gloria está basada en unos cuantos mitos. Primero, en una frase pronunciada desde Londres en el momento de la invasión alemana de su país: «Francia no ha perdido la guerra, sólo ha perdido una batalla». Pero esa frase nadie la escuchó jamás de sus labios, sino que apareció al día siguiente en el texto oficial de su proclama: la había añadido Malraux. Después, el mito de la resistencia; que existió realmente, que fue mantenida principalmente por las guerrillas, pero que no fue controlada por De Gaulle. Nació espontáneamente, se mantuvo espontáneamente y después fue nutrida por los servicios de Inteligencia de Londres. Tampoco De Gaulle tuvo ocasión de intervenir directamente en la campaña de liberación de Europa, y no probablemente por falta de méritos militares, de arrojo personal o de voluntad de hacerlo, sino porque los americanos no le dejaron. Sin embargo, De Gaulle se convirtió en el símbolo de todo ello: de la primera voz de libertad, de la resistencia interior, de la liberación del país.

## un símbolo contradictorio

**C**

CUANDO tuvo que hacerse cargo de su país, en el Gobierno provisional, la decepción fue completa. De Gaulle no era un político. El propio Malraux tuvo una frase despectiva: «De Gaulle nos ha conducido al Rubicón: cuando llegamos a la orilla, nos pusimos a pescar con caña». Cuando De Gaulle se retiró, amargado, lo hizo con la entereza de los símbolos. Todos los pueblos y las ciudades de Francia le han dedicado sus calles principales, su iconografía había alcanzado tiradas superiores

# DE GAULLE EN

a la de Napoleón, los manuales de historia le dedicaban más páginas que a ningún otro prohombre de Francia, pero el país no le quería a su frente. Fue un reflejo parecido al que tuvo Gran Bretaña con Churchill. Francia le condenó al ostracismo de Colombey-deux-Eglises, y fue probablemente en estos años de olvido y amargura cuando De Gaulle se creó la personalidad, la madurez política de hoy. Cuando Francia volvió a llamarle en los días trágicos en que el país se descomponía por la guerra de Argelia, se fortaleció, sin duda, su seguridad en sí mismo, su creencia en que él era el De Gaulle de la historia y no el coronel humillado en Londres, al mismo tiempo que el desprecio a los demás.

Desde entonces, sus contradicciones son continuas, y son famosas. Nadie olvida sus cambios totales de posición con respecto a la guerra de Argelia. Nadie olvida que fue el hombre al que llamaron los militares y los colonos franceses para que les defendiera del abandonismo y la debilidad de los políticos profesionales y que él aceptó esa misión, con su famoso «Je vous ai compris»; para luego abandonarles, encarcelarlos, convertirse en el blanco de sus balas y entregar, finalmente, Argelia. Cuando Francia ha quedado libre de sus hipotecas interiores, cuando la OAS ha desaparecido prácticamente del mapa, fusilados algunos de sus dirigentes en los fosos de los fuertes militares, raptados y encarcelados otros, y convertidos en sombras errantes por el mundo algunos que fueron tan famosos —y tan degollistas, tan autores del mito De Gaulle— como Bidault y Soustelle, el general viene a aplicar su independencia y sus contradicciones a la política internacional.

No hace mucho tiempo —yo estaba a unos metros de él cuando pronunció la frase— preconizaba una especie de guerra santa contra la «innumerable multitud amarilla» de China, pidiendo hasta la unión con Rusia, la Europa «de Dunkerque a los Urales»; pero de pronto elige a China, a los múltiples e innumerables amarillos, contra la U. R. S. S., aprovechando la disputa ideológica. Cuando se le creía decidido a jugar la carta china, inicia un nuevo entendimiento con la U. R. S. S., donde se sospecha que va a ir dentro de unos meses, donde va a enviar a su encargado de misiones particular, Edgar Faure —autor material del reconocimiento de China— y de donde acaba de recibir con todos los honores a Podgorny. Hace unos

meses aún De Gaulle era el último campeón de la guerra fría: consideraba a Kennedy como un derrotista del mundo occidental, se negaba a firmar el pacto de Moscú, buscaba la amistad china porque era una amistad fuerte, desafiaba la «coexistencia pacífica». Hoy, en el espacio de unos días, De Gaulle ha superado por sí solo todas las etapas de la convivencia que los Estados Unidos han tardado años en recorrer y se muestra conciliante con los comunistas en todos los lugares del mundo. ¿Cómo será mañana?

## un discurso en español

**M**

MAÑANA domingo, De Gaulle se va a Méjico. Es la primera etapa de su conquista de Hispanoamérica, su primer asalto directo a la doctrina de Monroe —«América para los americanos», que podía traducirse simplemente en «América para los Estados Unidos»—, su ataque más claro a Washington. El lunes, De Gaulle se asomará a los balcones presidenciales de la plaza del Zócalo y hablará directamente a la multitud. Hablará en español. (Ha hablado ya en inglés en Gran Bretaña y en alemán en Bonn; es la primera vez que habla en español. Es un idioma que ignora. El general se ha aprendido de memoria la alocución.) Va a hablar también en el Parlamento, después en la Universidad. Es decir, el general no va solamente, como es costumbre en los políticos de nuestro tiempo, a celebrar conversaciones políticas: va a hacer una verdadera campaña de propaganda. Después de su regreso a París —el día 24, después de una escala en las Antillas francesas— se dedicará a preparar su gran viaje por diez repúblicas hispanoamericanas, durante la primavera. Será una lucha directa por sacar a esos países de la influencia de los Estados Unidos. Va a ofrecer técnicos, va a ofrecer dinero, ayuda económica y profesional. Desde América se nos informa que la visita de De Gaulle se espera con verdadero fervor. Nunca, ni en las más adictas provincias

ser franceses, a los americanos que hablan español, a los Indochinos que mataron tantos franceses en Dien Bien Fu; y todo ello —asegura— sin esperanzas de recuperarlo nunca, sin que esos pueblos nunca puedan devolver nada...

Los artículos de Cartier han tenido cierto eco favorable en algunos sectores de la opinión: en los sectores capitalistas. Simultáneamente a los artículos de Cartier se ha publicado un libro de Edouard Bonnefous (antiguo ministro de Trabajo). Título: «Miles de millones que vuelan». Y una tercera voz entra en la orquesta: Georges Villiers, presidente del Patronato francés, para asegurar que el país entero va a sufrir de tal dilapidación. Más matizada, la asociación «Patria y Progreso», en una reunión pública ha parecido apoyar la idea de la ayuda al tercer mundo, para inmediatamente atacarla: el barco francés está podrido, no hay dinero para la investigación científica, ni para la educación nacional...

La contracampaña ha aparecido inmediatamente en la prensa de orientación gubernamental y en la que conserva cierta independencia de criterio. Aparece hasta con crueldad, como en el artículo del polemista iracundo Philippe de Saint Robert titulado «Una mala acción de Raymond Cartier», donde llega a recordar que el periodista de «Paris Match» fue admirador de Mussolini en 1938. «Ese señor —escribe— vive en un mundo aparte, hecho de ese buen sentido repleto de lugares comunes que es la razón de los tontos. No sabe de lo que habla, pero tiene de ello una idea preconcebida que sustituye al conocimiento. Sus errores son enormes, pero su forma tiene la apariencia de la gorda buena fe y engaña». Jacques Lethiec le acusa de «golpes bajos». «Notre République» le acusa de egoísmo «contrario a la tradición espiritual e intelectual de Francia». «Nouveau Candide» asegura que Cartier es «anticartierista». La lucha está en estos momentos en su punto culminante. La respuesta gubernamental ha sido muy rápida y muy dura: es una prueba de la importancia que concede a esta defensa que hace Cartier del «petit argent» de cada pequeño francés, pero

# LA CACHARRERÍA DE OCCIDENTE

francesas, el general habrá recibido tales muestras de adhesión.

Johnson está preparando su contraofensiva. El mismo día que De Gaulle llegue a Méjico, Johnson estará pronunciando un discurso ante el Consejo de la Organización de Estados Americanos. Va a prometer, también, dinero. Va a prometer liberalización en las relaciones. Demasiado tarde. Para los hispanoamericanos, el «gringo», el «yanqui», es el ocupante: recuerda humillaciones, sangre vertida. La última, la de Panamá.

**Por Eduardo HARO TECLEN**

que en realidad supone una defensa de los grandes grupos capitalistas franceses, que están íntimamente ligados a los capitales americanos...

## guerra en el interior

**P**

ERO, al mismo tiempo, se acaba de lanzar una campaña contra De Gaulle más dañina: la campaña interior, la campaña movida por una cierta oposición. He citado antes que la gran prensa francesa está dominada por De Gaulle, salvo una excepción grave. Esta excepción acaba de surgir, y es la de «Paris Match», con su inmensa tirada y con la firma más leída de Francia, la de Raymond Cartier. Se conocen las relaciones muy amistosas de «Paris Match», y especialmente de Raymond Cartier, con los Estados Unidos. Los destinos de Estados Unidos y de Francia han ido juntos —aparentemente— tanto tiempo, que era imposible ver en esta amistad nada que pareciera nocivo para los gobiernos franceses. Ahora que tales intereses se separan, Raymond Cartier lanza una campaña que tiene que ser recibida en Washington con alborozo, y que tiende a destruir la política de «tercer mundo» del general De Gaulle. No puede acusarse a Cartier de defender intereses contrarios a los de su patria, porque precisamente lo hace en nombre de intereses franceses. «Francia dilapida su dinero» es el título del primer artículo de una serie. El segundo: «La ayuda a los países subdesarrollados compromete la Francia del año 2000». No hay nada que pueda hacer más impacto en un francés que decirle que está malgastando su dinero. Cartier se lo dice en el estilo directo e intimista que caracteriza siempre a «Paris Match». Le habla del «corageux petit argent français», le dice que está regalando el 3 por 100 del pan que come, de la tela con que se viste, de la electricidad con que se ilumina. Le dice al francés que De Gaulle le está quitando su dinero, el dinero de su casa, para dárselo a los argelinos que no quisieron

## la gran cacharrería

**Y**

así, en este punto, vemos a Fidel Castro aparecer en la televisión francesa para ensalzar a De Gaulle, al conservador Raymond Cartier ocupar su tribuna de «Paris Match» para atacarle, a De Gaulle estudiando español para arrebatar Méjico a los Estados Unidos, a los Estados Unidos luchando en el Vietnam —Mac Namara hizo otro de sus esfuerzos típicos la semana que termina— no sólo contra los comunistas del Norte y los del Sur, sino también contra los franceses: a Adenauer, que lloraba a lágrima viva al despedirse de De Gaulle por última vez, denunciando la entrevista entre el soviético Podgorny y De Gaulle, y diciendo que podía temerse un reconocimiento francés de las dos Alemanias, con una frase que podría ser el símbolo de este momento: «Uno nunca sabe nada...» Y vemos a Erhard corriendo a Holanda para aislar más aún económicamente a Francia, y a Gran Bretaña disputando otra vez con Francia por cuestión de armamentos...

De Gaulle ha entrado en la cacharrería occidental como un caballo de Atila. Su siembra de desbarajuste es increíble. Y lo más curioso del caso es que no pueda decirse, en el momento, que es negativa. Está remozando al mundo, está destruyendo viejos conceptos anquilosados, abriendo nuevas perspectivas. De Gaulle, que estaba llevando la contraria a Kennedy y, por lo tanto, manteniendo una cierta guerra fría en la nueva corriente de la coexistencia, lleva ahora la contraria al nuevo conservadurismo de Johnson, y aparece inesperadamente como un heredero de la coexistencia de Kennedy, siendo al mismo tiempo antiamericano... ¿En qué terminará todo? ¿Qué nuevas contradicciones nos ofrecerá De Gaulle? ¿O qué forma tendrá de profundizar, hasta dónde llegará en su coexistencia? «Uno nunca sabe nada». Y si lo dice así el viejo zorro de Bonn...